

La Vis Cómica

Un espectáculo autorreferencial en homenaje al teatro pasado y presente



Adriana Libonati

Dividida en cinco jornadas que funcionan como elipsis temporales, la pieza se construye con mecanismos metateatrales perfumados de encanto cervantino. El relato comienza en algún momento de los pocos más de treinta años que duró el Virreinato del Río de la Plata, cuando arriban a Buenos Aires el director de esa compañía de comedia, Angulo el Malo, Doña Toña, su esposa y el dramaturgo Isidoro con su perro Berganza. Traen como caudal un baúl de telones y ropa teatral, y la esperanza de conquistar con su teatro a la colonia americana.

La escena nos presenta un espacio despojado, solo unos telones ajados y unas rocas de utilería que son movidas por el perro. Estas “rocas” pueden ser tanto conglomerados secos del barro del río como así también asientos, como lo es en otros momentos la tapa del baúl o, ya desde los aspectos semánticos, metáforas escénicas de las dificultades y penurias que deben pasar los personajes. Pero estas “rocas”, siendo notorias y móviles, cargan además con significados de diverso orden en ese periodo de la historia que se cuenta y, por la magia del teatro, en el nuestro. Las “rocas” funcionan como simbólicos instrumentos para nombrar a las injusticias y las corrupciones del poder, siempre enormes como las necesidades que pasan los personajes sometidos al régimen virreinal y a las directivas de Angulo el malo, llevando a su compañía, con engaños y explotación, mediante tretas guiadas por su mente egoísta y genuflexa. Como en otras obras del autor –la vaca en *El niño argentino* o las palomas en *Ala de Criados*–, los animales cargan con la tarea de ser el aspecto sacrificial del rito teatral. En esta puesta, será el perro Berganza, narrador/didascálico, que presenta a los personajes y marca las pautas de los acontecimientos pero, esta vez, el “sacrificio” será justicia.

Mauricio Kartun afirma en sus obras la importancia del texto dramático aunque se trate, como él mismo expresara en varias ocasiones, “de un texto colonizado por la escena” (Díaz, Libonati: 2015). De todas formas, la dramaturgia de esta pieza es excepcional por donde se la lea; más allá de la belleza de una expresión que recuerda a las formas de un castellano arcaico dichas con acento argentino, nos acerca un eje intertextual que dialoga en la metateatralidad con el teatro corralero español. Pero además, se hacen presentes en una catarata de significaciones los grandes teatristas del mundo. En primer lugar, Cervantes con *El Coloquio de los Perros*, ya que Berganza es el nombre de uno de los perros del diálogo cervantino. A Beckett y su postergación de la acción como elemento constitutivo, lo nombra dentro de una mención a Shakespeare que enuncia Berganza: “-Si en las obras se dijera solo lo importante, ninguna duraría más que un padre nuestro: Aquí no se casa nadie Romeo, entonces nos matamos, adiós”. Y sigue el perro, llamando a los enormes pilares del Siglo de Oro español, convertidos en

nombre de los bueyes: “*Quevedo y Góngora, ellos que tan mal se han llevado tirando juntos del mismo yugo*”. La euforia de Angulo el malo por mostrarse elegante ante el nuevo virrey nos anuncia a Calderón (“*Vestidora, urgente el jubón del Alcalde de Zalamea, el de Mendo, el azulino*”), pero él enuncia este parlamento como si estuviera por poner en escena al *Don Juan Tenorio* de Zorrilla porque así se siente teniendo esposa, amante y un espacio para actuar. Y si a esto le sumamos la metateatralidad entregada a manera de homenaje al trabajo teatral -desde los géneros trágicos al sainete costumbrista-, son incontables. La densidad sémica del texto dramático maravilla y abrumba.

En lo que hace a las actuaciones, quedarán para la antología: Mario Alarcón, representando a los diversos poderes: narcisista autoritario y genuflexo; Stella Gallazzi, como Manola de las Pampas, y Luis Campos, encarnando al desesperado poeta que quiere estrenar, son los esforzados trabajadores; mientras que Cutuli da vida al perro apaleado, en el rol del abandonado y sufriente pero que puede romper la cuarta pared de la ficción. Todos y cada uno, en la composición de su personaje, resultan magníficos. Las palabras de los parlamentos son adornadas con acciones solventes y graciosas a la vez, mientras una corriente empática nos gana a los espectadores al escuchar y ver esos desempeños que nos llevan y nos trasladan, con diversas poéticas escénicas, desde las injusticias coloniales a las de nuestra época.

FICHA TÉCNICA

La vis cómica

Dramaturgia: Mauricio Kartun./ Intérpretes: Mario Alarcón, Luis Campos, Cutuli, Stella Galazzi./ Vestuario: Gabriela A. Fernández./ Escenografía: Gabriela A. Fernández./ Sonido: Eliana Liuni./ Iluminación: Leandra Rodríguez./ Dirección: Mauricio Kartun.
